

Mucho más tarde, en nuestros días, Rostand será de la misma opinión, tan confuso y difícil es el camino que lleva al descubrimiento:

[...] Siempre es una singular e instructiva aventura la del progreso humano [...] ¡Qué extraños nos parecen con frecuencia, los caminos que condujeron hasta la verdad! ¡Cuántos rodeos, cuántas vueltas, circunvoluciones, cuando hubiera sido tan sencillo ir por el camino más corto! Un sabio se aproxima a la verdad, la huele [...] se diría que, habiéndola adivinado, va a tender las manos para apoderarse de ella. Pues no, vemos que se aparta de ella, para meterse resueltamente por el camino equivocado...⁵⁹

No puedo en este momento resistirme a la tentación de citar también, a este respecto, a Santiago Ramón y Cajal:

Hoy no acierto a comprender cómo tan trivial pensamiento tardó tanto en ocurrírseme. ¡Cuánta verdad es que las más sencillas soluciones acuden siempre las últimas, y que la imaginación constructiva, antes de hallar el buen camino [...] comienza por perderse en lo complicado!⁶⁰

Encontraremos asimismo en Montaigne y en Rostand lo que, a través de los siglos y cualquiera que sea el número de los descubrimientos adquiridos, la importancia de los logros, el progreso de las técnicas que permiten todas las esperanzas y desgraciadamente también ¡ay! todos los temores, lo que sigue constituyendo el espíritu científico: el rechazo de las tesis excesivas, de las afirmaciones rotundas, el sentido de lo relativo y la convicción de que el conocimiento en ciencia es siempre provisional. Que ha habido, que hay certidumbres falsas.

Por esto, nos dice Montaigne, cuando se nos presenta alguna doctrina nueva tenemos gran oportunidad de desconfiar de ella y de considerar que antes de que se produjera, estaba en boga su contraria; y lo mismo que ha sido derribada por ésta, podrá nacer en el futuro una tercera invención que chocará del mismo modo con la segunda.⁶¹

Por lo mismo estima Rostand:

En la historia de la biología como en la de cualquier ciencia, se hallará motivo de desconfianza con respecto a afirmaciones demasiado dogmáticas. Y no es ésa una de las más insignificantes lecciones que podremos recibir. Y también: agradezco a ciertos errores el recordarme la indigencia de mi verdad.⁶²

Lo mismo Montaigne:

¿Quien recuerde haberse equivocado tantas veces, no es acaso un necio si nunca desconfía de su propio juicio?

Luego, recordando «tantos errores como ha producido la fantasía humana» ¿no consideraba preferible permanecer en duda?

¿Acaso no vale más permanecer en suspenso?⁶³

⁵⁹ Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, pp. 84-85.

⁶⁰ Santiago Ramón y Cajal, *Páginas de mi vida*, Madrid, Aguilar, 1954, p. 498.

⁶¹ «Ainsi quand il se présente à nous quelque doctrine nouvelle, nous avons grande occasion de nous en défier, et de considérer qu'avant qu'elle fût produite, sa contraire était en vogue; et comme elle a été renversée par cette-ci, il pourra naître à l'avenir un tierce invention qui choquera de même la seconde», L. II, 12.

⁶² Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, pp. 86 y 131 respectivamente.

⁶³ «Qui se souvient de s'être tant de fois mécompté n'est-il pas un sot de n'entrer pour jamais en défiance de son jugement? [...] Vaut-il pas mieux demeurer en suspens que de s'infraser en tant d'erreurs que l'humaine fantaisie a produites?», L. II, 12 y L. III, 13.

Igualmente Jean Rostand, cuando nos confiesa «lo que cree», se niega a expresar ninguna certidumbre y nos previene de que, sin duda, «la razón suprema sería suspender el juicio». Luego precisa:

Eso es lo que a fin de cuentas me parece lo menos imposible, lo menos inverosímil, por lo que muy honestamente apostaría si tuviera, acerca de los grandes problemas, que apostar, y no una apuesta fraudulenta, como la de Pascal, en que se nos coacciona con la angustia y el infinito, sino una buena apuesta honesta en que se pueda conservar toda lucidez mental.⁶⁴

Otro detalle ha atraído mi atención. Los críticos, ya es sabido, han calificado a menudo a Jean Rostand de moralista. Esta particularidad que le aproxima a Montaigne explicaría tantos puntos comunes entre estas dos personalidades preocupadas por descubrir los ocultos resortes del pensamiento y de la acción de los hombres y que proponen una moral que tiene por meta última el pleno desarrollo y florecimiento de nuestra naturaleza.

Ser virtuoso, según el biólogo, piensa Rostand, es utilizar correctamente todos los recursos del propio cerebro [...]. Es exigir el pleno rendimiento del propio ser, es honrar la propia totalidad orgánica; [...] es hacer primar en uno mismo las cualidades que han hecho la excelencia de nuestra especie; es preferir vivir a nivel de hombre.⁶⁵

Y Montaigne:

Nada hay tan hermoso y tan legítimo como actuar como hombre y debidamente, ni ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y conforme a la naturaleza y de nuestras enfermedades la más salvaje es despreciar nuestro ser.⁶⁶

La actitud científica —Abel Rey lo ha demostrado— se inicia en el momento en que los hombres han tratado de saber, de saber por saber y no solamente para vivir. Desde este punto de vista los *Ensayos* son un eslabón excepcionalmente importante de la cadena que constituye la historia del progreso humano con vistas a una vida más feliz en la tierra, a una vida liberada de los temores sobrenaturales.

Por las cualidades de su estilo —prudencia en la afirmación, expresión modesta, siempre matizada con sentimientos de posibilidad, de verosimilitud, de probabilidad, nunca dogmática—, por su rigor de pensamiento, su crítica implacable de los prejuicios, su desconfianza hacia las ideas admitidas, su negativa a comprometerse con ningún sistema filosófico, su preocupación por conservar siempre la facultad de dudar, su exigencia y su gusto y respeto por la verdad y su entusiasmo por el saber auténtico que

en su verdadero aspecto es la más noble y poderosa adquisición de los hombres.⁶⁷

nos parece que Montaigne posee ampliamente las condiciones esenciales que permitirán el florecimiento del espíritu científico.

Otilia López Fanego

⁶⁴ Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, p. 106.

⁶⁵ Jean Rostand, *L'oeuvre scientifique...*, p. 120.

⁶⁶ «Il n'est rien si beau et si légitime que de faire bien l'homme et dûment, ni science si ardue que de bien et naturellement savoir vivre cette vie et de nos maladies la plus sauvage, c'est mépriser notre être», L. III, 13.

⁶⁷ «J'aime et honore le savoir autant que ceux qui l'ont; et en son vrai visage, c'est le plus noble et puissant acquêt des hommes», L. III, 8.

ESSAYS
DE MESSIRE
MICHEL SEICNEVR DE
MONTAIGNE CHEVALIER
*de l'ordre du Roy, & Gentil-homme
ordinaire de sa Chambre.*
L'VRE SECONDE.



A BOVRDEAVS.
Par S. Millanges Imprimeur ordinaire du Roy.
M. D. LXXX.
AVEC PRIVILEGE DV ROY.

